

IV CAPITULO

La columna expedicionaria del general Huerta

El general Huerta, designado para encargarse del mando de la División del Norte, llegó a Torreón, el 12 de abril, llevando el 15º batallón, el 17º batallón, el 8º cuerpo rural y parte del 55º. Formaban los convoyes militares que llevaba, además, 7 plataformas con artillería, 3 secciones de ametralladoras, varios carros con parque y un escogido personal de artilleros técnicos, obreros, electricistas, pontoneros, telegrafistas y un completo servicio médico de primera clase.

CAPITULO VI.

La columna expedicionaria del general Huerta.



Aunque Orozco estuvo en posesión de Parral, no sabemos por qué causa desistió del proyectado ataque a Torreón, no obstante que la plaza había quedado casi indefensa, por haberse llevado el general Téllez los principales elementos a Mapimí.

Desaprovechada la oportunidad, Orozco se concretó a asumir una actitud defensiva, reconcentrando todas sus fuerzas en Jiménez y Chihuahua, en espera de un nuevo ataque.

El general Huerta, designado para encargarse del mando de la División del Norte, llegó a Torreón, el 12 de abril, llevando el 15º batallón, el 17º batallón, el 8º cuerpo rural y parte del 55º. Formaban los convoyes militares que llevaba, además, 7 plataformas con artillería, 3 secciones de ametralladoras, varios carros con parque y un escogido personal de artilleros técnicos, obreros, electricistas, pontoneros, telegrafistas y un completo servicio médico de primera clase.

Ya el día anterior habían salido varios trenes militares, llevando las fuerzas de Zapadores y los voluntarios de Xico. El general Antonio Rábago acompañaba al general Huer-

CAPITULO VI

ta, cuyo Jefe de Estado Mayor era el coronel Ortiz de Zárate. Fungían como comandante de la artillería el teniente coronel Guillermo Rubio Navarrete, y como comandante de ingenieros, el mayor Joaquín Mass, siendo prevoste de la División el capitán Manuel H. Bridat, quien más tarde fué relevado en este delicado cargo, por el inteligente y ameritado mayor Angel Villa y Frías.

Con tan poderosos elementos, pues por entonces la División del Norte, incluyendo las fuerzas auxiliares mandadas por Emilio Madero y los cuatro cuerpos de voluntarios, organizados por el señor Eugenio Aguirre Benavides, contaba ya con un efectivo de 9000 hombres, magnífica y numerosa artillería, un personal valiente y escogido, y un jefe ameritado y enérgico.

* * *

Como por razón del crecimiento de los focos revolucionarios y de que en el Norte se hacía necesario sostener una gran cantidad de soldados, numerosas poblaciones quedaron desguarnecidas, el gobierno propuso a la Cámara una iniciativa para aumentar el efectivo del ejército hasta 60,000 hombres.

Esta petición del Ejecutivo fué aprobada, no sin merecer grandes reproches, puesto que, el sostenimiento de un ejército tan numeroso, traería un desequilibrio completo en los presupuestos, y originaría, como en efecto sucedió, la contratación de un nuevo empréstito.

Al saber Orozco que se arrojaría sobre la deuda nacional una nueva obligación, envió el siguiente mensaje a la Cámara:

«Protestamos enérgicamente contra autor tomar reservas tesoro o empréstito 20.000,000 pesos que sólo servirán para matar mexicanos. Revolución, si triunfa, no reconocerá ese gravámen de la Nación.»

Firmaban Orozco y sus más connotados cabecillas, pero los diputados no tomaron en consideración su protesta y lo único que hicieron fué consignar el documento a las auto-

ridades correspondientes, quienes acordaron multar al autor del telegrama, por no estar tal documento legalizado con los timbres que la ley previene.

* * *

En Sinaloa, ya a fines de abril, se desarrollaron sensacionales acontecimientos, pues la capital del Estado fué tomada por los rebeldes de Justo Tirado y de «Pipioló». Para salvarse, el Gobernador Rentería hubo de salir violentamente y el general Gil, jefe de las armas, se refugió en Mazatlán.

Con este motivo, la situación de los residentes extranjeros era sumamente delicada, por lo que, los gobiernos americano e inglés, resolvieron enviar al crucero «Buford» y el buque de guerra «Algherine», respectivamente, con la comisión de que recogieran a sus nacionales, que habían sido obligados por los sediciosos a trasladarse a las costas del Pacífico. Cabe aquí decir que solamente en los Mochis, Sinaloa, se encontraban 250 refugiados y cerca de 1,000 en la costa occidental, entre Topolobampo y Guaymas.

Este movimiento, de carácter local, fué solucionado por el Centro, con la destitución del gobernador legítimo, Rentería, y la imposición de un mandatario grato a los rebeldes.

También Tepic se vió en gran peligro de ser tomado por los alzados del ex-teniente Guerrero, pero la defensa de la plaza fué soberbia, y los rebeldes casi fueron aniquilados.

Pero ante los evidentes progresos de la revolución y los complots que a cada momento se descubrieron, contándose entre los principales, el de Guanajuato, que fraguó Cándido Navarro, desde la Penitenciaría, el de Melesio Parra, el de Blas Sobrino, y el magníficamente organizado por José López Ortega, el Presidente contestaba «que seguiría sosteniendo la bandera de la legalidad, puesta en sus manos por el pueblo, y que solamente en un carro fúnebre abandonarían el alcázar de Chapultepec....»

Para colmo de males, hasta en la capital misma se descubrió un complot revolucionario de suma importancia en-

Los rebeldes, por su parte, se dirigían al Sur, habiendo llegado sus avanzadas hasta la estación de Ceballos.

El plan de campaña que pensaron desarrollar los orozquistas era el siguiente:

«Luis Fernández, al mando de 1,000 hombres, formaría la vanguardia, 14 regimientos rebeldes formarían la división del centro, mandada por Orozco, mientras Caraveo, al mando de 5 regimientos, formaría las reservas; José Inés Salazar, al mando de 1,500 hombres marcharía por Cuatro Ciénegas a tomar la plaza de Monclova, y Canales, con una división de 3,000 hombres formada por las fuerzas de Campa y Argumedo, y los regimientos 2º, 4º, 8º, 12º y 14º, revolucionarios, marcharía por Pedriceña y Velardeña a sitiar la plaza de Torreón, no sin antes tomar Nazas, y Durango, que se encontraban débilmente guarnecidas.»

El avance general de los revolucionarios empezó el primero de mayo. Las fuerzas de «Cheché Campos» y Muriello, que, en número de 2,000 hombres, se hallaban en Asúnsulo, siguieron aquel movimiento de avance hasta la estación de Yermo. Estas fuerzas debían apoyar el sitio de Torreón, frente a cuya plaza deberían estar el 18 de mayo, entrando por Tlahualilo y Zaragoza.

El 18 de mayo era la fecha fijada a todos los jefes para estar frente a Torreón. El mayor Simón Acosta, del cuerpo de dinamiteros, era el encargado de volar la vía por el Norte y por el Sur, para lo cual se habían colocado varias minas cerca de Zavala y 10 hombres arrojados, a las órdenes del mismo Acosta, que era un hombre atrevidísimo, serían los encargados de volar la vía entre Torreón y Bermejillo, la noche del 17. El general Huerta quedaría así imposibilitado de retroceder por la vía férrea y traer consigo su poderosa artillería en auxilio de Torreón. Además, quedaría entre dos fuegos pues las fuerzas revolucionarias que se suponía habrían ya triunfado en Torreón, retrocederían para atacar a Huerta por la retaguardia, mientras, los regimientos de Orozco y Caraveo, lo atacaban por el frente.»

El plan de combate no estaba mal dispuesto, pero en la ejecución fracasaron por completo los revolucionarios.

Al principio, tomaron, no sin resistencia, Sierra Mojada y Cuatro Ciénegas, pero cuando trataron de caer sobre Monclova, que estaba defendida perfectamente, Salazar que era el jefe de los atacantes, fué rechazado y derrotado comple-

ridades correspondientes, quienes acordaron multar al autor del telegrama, por no estar tal documento legalizado con los timbres que la ley previene.

En Sinaloa, ya a fines de abril, se desarrollaron sensacionales acontecimientos, pues la capital del Estado fué tomada por los rebeldes de Justo Tirado y de «Pipioló». Para salvarse, el Gobernador Rentería hubo de salir violentamente y el general Gil, jefe de las armas, se refugió en Mazatlán.

Con este motivo, la situación de los residentes extranjeros era sumamente delicada, por lo que, los gobiernos americano e inglés, resolvieron enviar al crucero «Buford» y el buque de guerra «Algherine», respectivamente, con la comisión de que recogieran a sus nacionales, que habían sido obligados por los sediciosos a trasladarse a las costas del Pacífico. Cabe aquí decir que solamente en los Mochis, Sinaloa, se encontraban 250 refugiados y cerca de 1,000 en la costa occidental, entre Topolobampo y Guaymas.

Este movimiento, de carácter local, fué solucionado por el Centro, con la destitución del gobernador legítimo, Rentería, y la imposición de un mandatario grato a los rebeldes.

También Tepic se vió en gran peligro de ser tomado por los alzados del ex-teniente Guerrero, pero la defensa de la plaza fué soberbia, y los rebeldes casi fueron aniquilados.

Pero ante los evidentes progresos de la revolución y los complots que a cada momento se descubrieron, contándose entre los principales, el de Guanajuato, que fraguó Cándido Navarro, desde la Penitenciaría, el de Melesio Parra, el de Blas Sobrino, y el magníficamente organizado por José López Ortega, el Presidente contestaba «que seguiría sosteniendo la bandera de la legalidad, puesta en sus manos por el pueblo, y que solamente en un carro fúnebre abandonaría el alcázar de Chapultepec...»

Para colmo de males, hasta en la capital misma se descubrió un complot revolucionario de suma importancia en-

Los rebeldes, por su parte, se dirigían al Sur, habiendo llegado sus avanzadas hasta la estación de Ceballos.

El plan de campaña que pensaron desarrollar los orozquistas era el siguiente:

«Luis Fernández, al mando de 1,000 hombres, formaría la vanguardia, 14 regimientos rebeldes formarían la división del centro, mandada por Orozco, mientras Caraveo, al mando de 5 regimientos, formaría las reservas; José Inés Salazar, al mando de 1,500 hombres marcharía por Cuatro Ciénegas a tomar la plaza de Monclova, y Canales, con una división de 3,000 hombres formada por las fuerzas de Campa y Argumedo, y los regimientos 2º, 4º, 8º, 12º y 14º, revolucionarios, marcharía por Pedriceña y Velardeña a sitiarse la plaza de Torreón, no sin antes tomar Nazas, y Durango, que se encontraban débilmente guarnecidas.

El avance general de los revolucionarios empezó el primero de mayo. Las fuerzas de «Cheché Campos» y Muriello, que, en número de 2,000 hombres, se hallaban en Asunsolo, siguieron aquel movimiento de avance hasta la estación de Yermo. Estas fuerzas debían apoyar el sitio de Torreón, frente a cuya plaza deberían estar el 18 de mayo, entrando por Tlahualilo y Zaragoza.

El 18 de mayo era la fecha fijada a todos los jefes para estar frente a Torreón. El mayor Simón Acosta, del cuerpo de dinamiteros, era el encargado de volar la vía por el Norte y por el Sur, para lo cual se habían colocado varias minas cerca de Zavala y 10 hombres arrojados, a las órdenes del mismo Acosta, que era un hombre atrevidísimo, serían los encargados de volar la vía entre Torreón y Bermejillo, la noche del 17. El general Huerta quedaría así imposibilitado de retroceder por la vía férrea y traer consigo su poderosa artillería en auxilio de Torreón. Además, quedaría entre dos fuegos pues las fuerzas revolucionarias que se suponía habrían ya triunfado en Torreón, retrocederían para atacar a Huerta por la retaguardia, mientras los regimientos de Orozco y Caraveo, lo atacaban por el frente.»

El plan de combate no estaba mal dispuesto, pero en la ejecución fracasaron por completo los revolucionarios.

Al principio, tomaron, no sin resistencia, Sierra Mojada y Cuatro Ciénegas, pero cuando trataron de caer sobre Monclova, que estaba defendida perfectamente, Salazar que era el jefe de los atacantes, fué rechazado y derrotado comple-

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO

tamente, dejando en el campo 120 muertos y heridos, 80 caballos ensillados, parque y armamento. Con este descalabro, los federales recuperaron Cuatro Ciénegas, mientras Salazar huyó, perseguido de cerca, por 600 hombres de caballería, al mando de Guarjardo. Cuatrocientos hombres de Salazar quedaron dispersos, muriendo unos de sed en el desierto y otros quedando prisioneros.

«Cheché Campos» no fué más afortunado, y el 8 de mayo fué sorprendido por Francisco Villa en el campamento que aquél estableció en Tlahualilo. Allí los rebeldes, inoportunamente auxiliados por Luis Fernández, se batieron en retirada, flanqueados y acosados de cerca por los dragones del 7º regimiento, y dejando abandonados gran número de caballos y mulas, tres carros con provisiones, armas y pertrechos. Entre muertos y heridos, tuvieron más de cien bajas.

La batalla de Conejos tuvo lugar el 12 de mayo, durando casi doce horas seguidas.

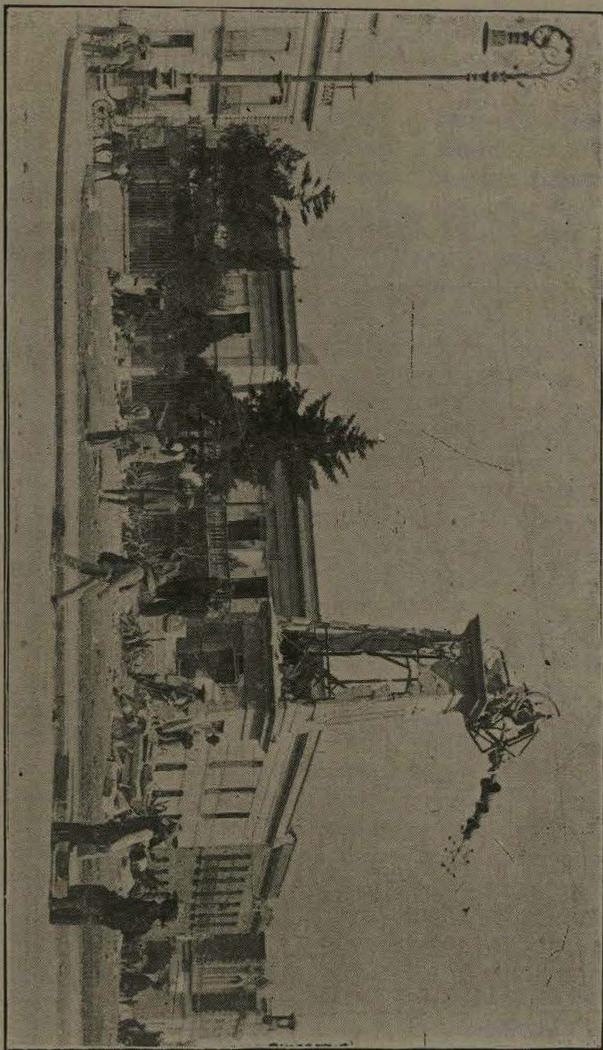
El 23º batallón y el 7º regimiento, mandados por el general Téllez, fueron los primeros en atacar. Seguidamente, las fuerzas de Villa y del general Trucy Aubert, flanquearon, por derecha e izquierda, al enemigo, posesionado de la Sierra de Balderas.

La artillería, debido a las magníficas condiciones del terreno, pudo maniobrar perfectamente, obteniendo un brillante triunfo.

Los rebeldes casi permanecieron inactivos por la circunstancia de que los federales no se pusieron a tiro fusil, contentándose a barrer al enemigo con sus formidables bocas de fuego, que vomitaban metralla, desmontando los cañones orozquistas y sembrando el pánico entre los alzados.

A grado tal llegó la confusión, que las fuerzas del valiente «Cheché» y de Murillo, que intentaron flanquear a la columna de Trucy Aubert, fueron tiroteadas por los hombres de Salazar, no obstante que los grandes sombreros usados por los laguneros, en nada se parecían al chacó de los federales.

La retirada de los orozquistas se efectuó en medio de un desorden espantoso, Salazar, al emprender la fuga, ordenó que fueran quemados todos los puentes, dejando aislado en Conejos al Jefe Luis Fernández, quien al verse cortada la retirada, prendió fuego a los 70 carros de ferrocarril en los



Destrozos causados por los defensores de la Ciudadela en el asalto que sufrió este edificio por las fuerzas rebeldes, 9 de febrero de 1913.

La acción se inició a las 7 a. m. por la batería del capitán 1º Lauro F. Cedujo, dirigida contra la infantería enemiga, que avanzaba en la llanura; las ráfagas de esta batería y las de la batería al mando del capitán 1º Miguel Barrios ejecutadas a 3,500 metros, por sí solas y sin necesidad de la entrada en acción de la infantería, contuvieron dicho ataque, obligando al enemigo a replegarse a sus posiciones, que estaban fuera del alcance de nuestra infantería; en este momento la artillería enemiga se descubrió, haciendo fuego sin ningún resultado contra las citadas baterías; una ráfaga de la batería Caloca apagó inmediatamente el fuego de la artillería enemiga, la cual, por los cascos y espoletas recogidos, se componía de material S. Schnaider Canet y de 70 m. m. S. Mondragón; dichas piezas eran un cañon Canet perdido en el combate de Rellano, dos piezas de montaña que sufrieron igual suerte en Villa López, siendo el resto de las piezas de fierro colado, inofensivas para nuestra artillería; pero de acción eficaz para la infantería.

Los movimientos del enemigo cesaron, así como el fuego de su artillería, permaneciendo nuestras baterías en vigilancia sobre sus mismos objetivos; y como tenía la seguridad de poder batir todo el frente del enemigo, destacué la batería de montaña al mando del capitán 1º Manuel García Santibáñez a incorporarse con la brigada del general Trucy Aubert, que marchaba por nuestra derecha con el fin de atacar al enemigo.

El combate cesó en este momento, reanudándose al poco tiempo por la brigada Trucy Aubert, que inició su ataque sobre la izquierda del enemigo; como se recibiera aviso del citado general de que la posición que tenía a su frente era muy fuerte y necesitaba para su ataque el apoyo de la artillería, dirigió el fuego de dos baterías contra la zona de acción de esta brigada, la cual pudo seguir su marcha tomando posición a la altura de nuestra derecha.

Durante ese tiempo, la artillería enemiga volvió a abrir el fuego sobre nuestras baterías; la batería Caloca, cambiando el objetivo rápidamente, volvió a acallarla; en estos momentos ordené un asalto por baterías de toda nuestra artillería, lo que se verificó de derecha a izquierda de nuestra línea, ganándose al frente 1,900 metros. En esta nueva posición, los movimientos del enemigo fueron más visibles; repartióse la zona de acción a las baterías con orden de ha-

tamente, dejando en el campo 120 muertos y heridos, 80 caballos ensillados, parque y armamento. Con este descalabro, los federales recuperaron Cuatro Ciénegas, mientras Salazar huyó, perseguido de cerca, por 600 hombres de caballería, al mando de Guarjardo. Cuatrocientos hombres de Salazar quedaron dispersos, muriendo unos de sed en el desierto y otros quedando prisioneros.

«Cheché Campos» no fué más afortunado, y el 8 de mayo fué sorprendido por Francisco Villa en el campamento que aquél estableció en Tlahualilo. Allí los rebeldes, inoportunamente auxiliados por Luis Fernández, se batieron en retirada, flanqueados y acosados de cerca por los dragones del 7º regimiento, y dejando abandonados gran número de caballos y mulas, tres carros con provisiones, armas y pertrechos. Entre muertos y heridos, tuvieron más de cien bajas.

La batalla de Conejos tuvo lugar el 12 de mayo, durando casi doce horas seguidas.

El 23º batallón y el 7º regimiento, mandados por el general Téllez, fueron los primeros en atacar. Seguidamente, las fuerzas de Villa y del general Trucy Aubert, flanquearon, por derecha e izquierda, al enemigo, posesionado de la Sierra de Balderas.

La artillería, debido a las magníficas condiciones del terreno, pudo maniobrar perfectamente, obteniendo un brillantísimo triunfo.

Los rebeldes casi permanecieron inactivos por la circunstancia de que los federales no se pusieron a tiro fusil, concretándose a barrer al enemigo con sus formidables bocas de fuego, que vomitaban metralla, desmontando los cañones orozquistas y sembrando el pánico entre los alzados.

A grado tal llegó la confusión, que las fuerzas del valiente «Cheché» y de Murillo, que intentaron flanquear a la columna de Trucy Aubert, fueron tiroteadas por los hombres de Salazar, no obstante que los grandes sombreros usados por los laguneros, en nada se parecían al chacó de los federales.

La retirada de los orozquistas se efectuó en medio de un desorden espantoso, Salazar, al emprender la fuga, ordenó que fueran quemados todos los puentes, dejando aislado en Conejos al jefe Luis Fernández, quien al verse cortada la retirada, prendió fuego a los 70 carros de ferrocarril en los

La acción se inició a las 7 a. m. por la batería del capitán 1º Lauro F. Cedujo, dirigida contra la infantería enemiga, que avanzaba en la llanura; las ráfagas de esta batería y las de la batería al mando del capitán 1º Miguel Barrios ejecutadas a 3,500 metros, por sí solas y sin necesidad de la entrada en acción de la infantería, contuvieron dicho ataque, obligando al enemigo a replegarse a sus posiciones, que estaban fuera del alcance de nuestra infantería; en este momento la artillería enemiga se descubrió, haciendo fuego sin ningún resultado contra las citadas baterías; una ráfaga de la batería Caloca apagó inmediatamente el fuego de la artillería enemiga, la cual, por los cascotes y espoletas recogidos, se componía de material S. Schnaider Canet y de 70 m. m. S. Mondragón; dichas piezas eran un cañón Canet perdido en el combate de Rellano, dos piezas de montaña que sufrieron igual suerte en Villa López, siendo el resto de las piezas de fierro colado, inofensivas para nuestra artillería; pero de acción eficaz para la infantería.

Los movimientos del enemigo cesaron, así como el fuego de su artillería, permaneciendo nuestras baterías en vigilancia sobre sus mismos objetivos; y como tenía la seguridad de poder batir todo el frente del enemigo, destacué la batería de montaña al mando del capitán 1º Manuel García Santibáñez a incorporarse con la brigada del general Trucy Aubert, que marchaba por nuestra derecha con el fin de atacar al enemigo.

El combate cesó en este momento, reanudándose al poco tiempo por la brigada Trucy Aubert, que inició su ataque sobre la izquierda del enemigo; como se recibiera aviso del citado general de que la posición que tenía a su frente era muy fuerte y necesitaba para su ataque el apoyo de la artillería, dirigí el fuego de dos baterías contra la zona de acción de esta brigada, la cual pudo seguir su marcha tomando posición a la altura de nuestra derecha.

Durante ese tiempo, la artillería enemiga volvió a abrir el fuego sobre nuestras baterías; la batería Caloca, cambiando el objetivo rápidamente, volvió a acallarla; en estos momentos ordené un asalto por baterías de toda nuestra artillería, lo que se verificó de derecha a izquierda de nuestra línea, ganándose al frente 1,900 metros. En esta nueva posición, los movimientos del enemigo fueron más visibles; repartióse la zona de acción a las baterías con orden de ha-

cer fuego, el cual volvió a ejecutarse con toda precisión, siendo tan eficaz, que el enemigo emprendió la retirada rumbo a Conejos; verificóse en estos momentos un fuego a 400 metros, el cual lo desorganizó completamente, siendo perseguido hasta las distancias límites de la artillería, superiores a 5,500 metros, con tan buenos resultados, que el enemigo quedó completamente desalojado de su posición, a la cual pretendió volver poco después, probablemente con el objeto de recojer cinco frenos del material de montaña, que tenía en su poder, así como veinte cofres del mismo material, con varias granadas, entre las que había varias fabricadas por ellos, bombas de dinamita y otros pertrechos; como su vuelta fuera denunciada por grandes polvaredas, la artillería, con fuego de ráfaga, la contuvo, haciéndole dar media vuelta y logrando con esto dejar abandonados los frenos y demás efectos a que antes me he referido.

Cos respecto a las fracciones de ametralladoras, la batería del capitán 2º Enrique Goroztieta, tuvo por misión proteger el frente de la artillería, para lo cual avanzó con un sostén del 15º batallón, hasta poder batir al enemigo a distancia de 600 metros, en los momentos en que éste se retiraba completamente desorganizado. Su fuego fué eficaz causando algunas bajas.

La batería de fusiles Rexer, al mando del capitán 2º Rafael Romero López, protegió el 23º batallón en la toma del cerro de Banderas, haciendo un fuego muy eficaz, sin ningún entorpecimiento en los mencionados fusiles; después de esto se replegó a nuestra derecha, recibiendo por misión protegernos.

Después de terminado totalmente el fuego de la artillería y de permanecer algún tiempo en observación, se dispuso el avance general hacia la estación de Conejos, a la cual llegamos a las 8 p. m., estableciendo nuestro campamento.

Me es altamente honroso manifestar a usted que tanto los CC. oficiales como la tropa cumplieron con su deber, observando completa disciplina en el fuego y desempeñando eficazmente las misiones que les confiaron.

Tengo el honor, mi general, de hacer a usted presente mi subordinación y respeto.

Libertad y Constitución. Campamento de Conejos, ma-

yo 14 de 1912.—Teniente coronel, Guillermo Rubio Navarrete.»

*
* *

Mientras en Conejos se desarrollaban los acontecimientos que ya conocemos, la columna de tres mil revolucionarios mandados por Canales, Campa, Argumedo y Anaya atacaban Pedriceña con el propósito de intentar la toma de Torreón, utilizando para este fin las vías de los ferrocarriles Central e Internacional.

Aunque la guarnición de la plaza, compuesta de 350 voluntarios, era muy reducida para contener el empuje de los asaltantes, supieron resistir con bravura, y si finalmente se rindieron, fué ante el número diez veces mayor del enemigo.

Esta victoria costó a los orozquistas la pérdida de dos de sus más prestigiados jefes, Canales y Anaya, además del teniente coronel Gutiérrez, el mayor Azcárate, el valiente capitán Antillón y más de cien individuos de tropa.

Exasperados por las pérdidas sufridas, los rebeldes entraron a sangre y fuego, saqueando y cometiendo inauditos atentados.

De los prisioneros federales, la mayor parte fué fusilada. El comercio, con los préstamos forzosos y las demandas de comestibles, perdió una suma no menor de \$ 150,000.

Después de la toma de esta plaza, murió fusilado el capitán de voluntarios Lorenzo Aguilar, pariente cercano del señor Madero y que acababa de abandonar el Colegio Militar, donde terminó sus estudios.

Posteriormente a la toma de Velardeña, los rebeldes Campa y Argumedo se separaron para obrar libremente, puesto que ya no estaban en comunicación con Orozco por el desastre de Conejos.

*
* *

La derrota que los rebeldes recibieron en Conejos y que los dejó aturdidos, casi aniquilados, provocó la desmoralización

completa en sus filas, desmoralización propensa a todas las divisiones.

Estas no se hicieron esperar y bien por las ambiciones de los unos, bien por las intrigas de los otros, el hecho evidente fué que los revolucionarios perdieron la cohesión y los jefes siguieron orientaciones distintas.

El gran cisma de la revuelta tuvo su origen principalísimo en la ruptura de relaciones habida entre Orozco y el licenciado Vázquez Gómez.

Hasta hoy no se han conocido las causas directas del hecho, aunque se supone que Orozco obró manejado por alguno de sus consejeros, enemigo jurado del licenciado Vázquez.

De cualquier manera que sea, el caso es que Orozco había comisionado a los señores Pradillo, Morales y Zea para entrevistar al secretario de estado americano, Knox, y a la vez, para invitar al licenciado Vázquez, por medio de una carta, a internarse a territorio nacional.

El licenciado Vázquez, mal aconsejado por sus ambiciones y mal interpretando el sentido de la carta de Orozco, llegó a C. Juárez, donde el coronel Pascual Orozco, padre, lo recibió con música, cohetes, salva de cañones y voltejeo de campanas, declarándose desde luego Presidente Provisional y nombrado Ministro de la Guerra al coronel Orozco, y de Relaciones al licenciado Delio Moreno Cantón.

Sabedor Orozco de lo acontecido, telegrafió a su padre ordenando el inmediato arresto de Vázquez Gómez y Moreno Cantón, y envió más tarde a su secretario José Córdova, con la consigna de aprisionar al llamado Presidente, a su Secretario de Relaciones y aun a su propio padre, el coronel Orozco, si oponía resistencia.

Ante el peligro que corrían, don Emilio y Moreno Cantón salieron violentamente de Ciudad Juárez, disfrazados de obreros y regresaron a El Paso, donde pocos días después eran capturados por las autoridades americanas.

Para atenuar en lo posible lo bochornoso de su situación, los fracasados mandatarios publicaron la siguiente declaración:

«El señor Vázquez Gómez ha venido a establecer el Gobierno Provisional, en atención a una carta enviada por el general Orozco, la cual lo autorizaba para proceder en el

sentido indicado. Esta carta autorización ha sido publicada por la prensa, y todo el público la ha visto.

El Gobierno Provisional no ha sido formado todavía pero actualmente se está proyectando para que después sea sometido el plan al general Orozco, para su aprobación.»

A pesar de cuanto dijeran, la verdad era que Orozco y Vázquez Gómez no marchaban ya de acuerdo y que sus diferencias se ahondaban cada vez más. Todo hace suponer que instigaba a Orozco para desconocer a Vázquez Gómez, Enrique Enrile, y nos afirma en esta opinión el hecho de que algunos vazquistas apasionados pretendieron, días más tarde, asesinar a este señor, logrando, solamente, herirlo de alguna gravedad.

*
* *

Por aquellos días, no obstante que los federales iban en són de triunfo, varias personalidades se preocuparon por hacer la paz a fin de evitar el derramamiento de sangre y las complicaciones internacionales por los combates que se efectuaran en los poblados cercanos de la frontera.

Se hicieron proposiciones, pero Orozco contestó rotundamente, sosteniéndose en su puesto, que, para rendirse, ponía las siguientes condiciones:

I.—Renuncia inmediata del señor licenciado don José María Pino Suárez a la Vicepresidencia de la República.

II.—Modificación del Gabinete actual, en el concepto de que la revolución designaría los Ministros que deberían ser substituídos.

III.—Nombramiento por la revolución de una Junta encargada de resolver el problema agrario, en el concepto de que se sujetarían a sus decisiones ambas partes contratantes.

IV.—Fijación de un mes de plazo para que la Junta anterior presentase la resolución práctica del problema encomendada a su estudio, a contar dicho plazo desde que la Junta quedase integrada.»

El general Orozco dijo que a pesar de que, como ya lo había manifestado, creía que la paz definitiva no vendría al

país sino con la renuncia del señor Madero, que era quien había impedido que la revolución llevara a la práctica sus principios, y aunque tenía fé absoluta en el triunfo de su ejército, como verdaderamente juzgaba muy grandes los perjuicios que para la República ocasionara la prolongación de la guerra, y, además, entre las proposiciones que se le hacía la fundamental era resolver la cuestión de tierras, tan justa para el pueblo, estaba dispuesto a oír proposiciones de comisionados especiales del Gobierno, para estudiarlas en unión de sus jefes militares, pues, naturalmente, sin la anuencia de ellos, no daría un solo paso.»

Como se desprende, por el espíritu de las anteriores condiciones, el Gobierno las rechazó de plano y la campaña siguió su curso.

*
* *

La segunda batalla de Rellano, empezó a las tres y media de la tarde del jueves 22 de mayo.

Los orozquistas, en número de 6,000, disponían de magníficas posiciones y sus fortificaciones estaban hechas cuidadosamente, extendiéndose en un perímetro de 7 kilómetros. Su deficiente artillería la emplazaron al Oriente en el lomerío de Rellano.

Los federales, que eran 5,000, habían avanzado en todo orden, siguiendo las acertadas disposiciones del general Huerta.

La artillería fué la primera en funcionar y sus certeros disparos empezaron a producir destrozos en el enemigo.

Secundando el fuego de la artillería, el 56º cuerpo rural, el escuadrón de Gendarmes del Ejército, el 15º batallón de infantería, el cuerpo de voluntarios de ferrocarrileros y una sección de ametralladoras flanqueó al enemigo por la derecha, mientras la brigada de Rábago efectuaba idéntica maniobra por la izquierda.

Fué vigorosísimo el empuje, y el combate, por ambas partes, se trabó con denuedo, sosteniéndose firmes los rebeldes y soportando la mortífera lluvia de la metralla. Momentos había en que los jefes hubieron de usar la mayor dosis de energía para evitar que sus hombres abandonaran

las trincheras y fueran a batirse en campo raso, no obstante el imponente efecto de la artillería.

Todavía durante la noche, el combate no fue menos rudo y solamente con algunos intervalos se dejó escuchar el formidable cañoneo de las baterías federales.

Al amanecer, sorprendidos quedaron los leales al enterarse de la bizarría de los rebeldes que continuaban poseionados de iguales puntos que el día anterior.

Sin embargo, la situación de los oroquistas era insostenible porque el general Huerta, aprovechándose de la noche, logró hacer un movimiento envolvente brillantísimo, mientras el cañoneo continuaba, para tener en pie a los oroquistas y rendirlos por la vigilia, poniéndolos en condiciones desventajosas al luchar con su bien descansada infantería.

Ya en las condiciones deseadas por el Jefe de la División del Norte, el cañoneo se hizo más nutrido, al grado de provocar una lluvia copiosa. La artillería rebelde no pudo funcionar por la poca pericia de los jefes y el pésimo material.

Los batallones de Xico y "Mariano Escobedo," fueron los que intentaron un ataque definitivo a las posiciones rebeldes, siendo rechazados por éstos que permanecieron hasta entonces inactivos porque el enemigo no se acercaba a tiro de rifle. Volvieron a rehacerse, intentando otro ataque y sufrieron nuevo revés.

Entretanto, Cheché Campos y Murillo intentaron flanquear la columna del Oeste, pero ésta, reforzada por el 56º cuerpo rural y el escuadrón de Gendarmes del Ejército, obligó a retirarse al enemigo con grandes pérdidas.

El avance de los federales se generalizó entonces, y las fuerzas de Villa, varios cuerpos rurales, el 15º batallón y los voluntarios ferrocarrileros, apoyados por la brigada O'Horán, lograron tomar una a una las posiciones enemigas del ala derecha, mientras las caballerías de Rábago y Emilio Madero ocupaban el cerro y las posiciones de la izquierda. Por fin, a las dos de la tarde, el último reducto del enemigo, el cerro del Triángulo, caía en manos de las leales.

Este combate duró 22 horas seguidas. Los federales dispararon 3,000 cañonazos y un millón de cartuchos.

Las pérdidas de los federales fueron casi nulas: 100 bajas entre muertos y heridos; no así la de los oroquistas que

pasaron de 600 entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos, dejando, además, en poder del enemigo, gran cantidad de pertrechos de guerra, 3 cañones, 6 tubos lanzabombas y casi toda su caballada.

Inmediatamente que los rebeldes se vieron derrotados emprendieron la retirada hacia Jiménez, quemando a su paso los puentes para retardar la activa persecución de la caballería de Rábago, quien, a los pocos días, tomó casi sin resistencia, la plaza de Parral.

No quiso Orozco hacerse fuerte en Jiménez y, por lo tanto, ordenó la reconcentración de sus fuerzas en Bachimba, donde jugaría su postrera carta el oroquismo.

*
*
*

Las noticias propaladas por la prensa amarilla americana, afirmando que fuerzas reclutadas en el Paso, por el cónsul mexicano, Llorente, iban a cruzar armadas la frontera y a tomar Ciudad Juárez, por entonces poco menos que indefensa, produjo en los rebeldes un gran descontento contra el elemento americano, dando lugar a que Orozco desconociera, temporalmente, al cónsul americano en Chihuahua y que Mr. Taft publicara una manifiesto aconsejando a sus nacionales residentes en la regiones asoladas por la revolución, para que salieran de México.

Por fortuna se solucionaron estas cuestiones, de manera pacífica, evitándonos un inminente conflicto exterior, y si el sentimiento antiamericano persistió en las filas rebeldes, no vino a estallar en forma violenta, sino más tarde, cuando los oroquistas atacaron las colonias mormonas, y Salazar lanzaba sus prédicas infames.

A raíz de la batalla de Reñano, en el seno del Ejército Federal se registraban acontecimientos de importancia: 545 voluntarios fueron desarmados en Bermejillo, por negarse a combatir contra los oroquistas; un grupo de voluntarios de San Luis, se insubordinó en Torreón, y Francisco Villa, el famoso brigadier honorario y bandolero de realce, era condenado a muerte por el general Huerta, por el grave delito de insubordinación en campaña.

La intervención del general Rubio Navarrete salvó la vida al bandolero, que fué traído a la capital, donde, con la protección oficial, logró escaparse, algunos meses más tarde, para ir a los Estados Unidos a disfrutar, tranquilamente, del dinero que le produjeron sus rapiñas.

Para dar una idea de la clase de hombre que es Francisco Villa, aunque ya hablamos anteriormente de su triste personalidad, insertamos seguidamente el relato de algunas de sus hazañas últimas:

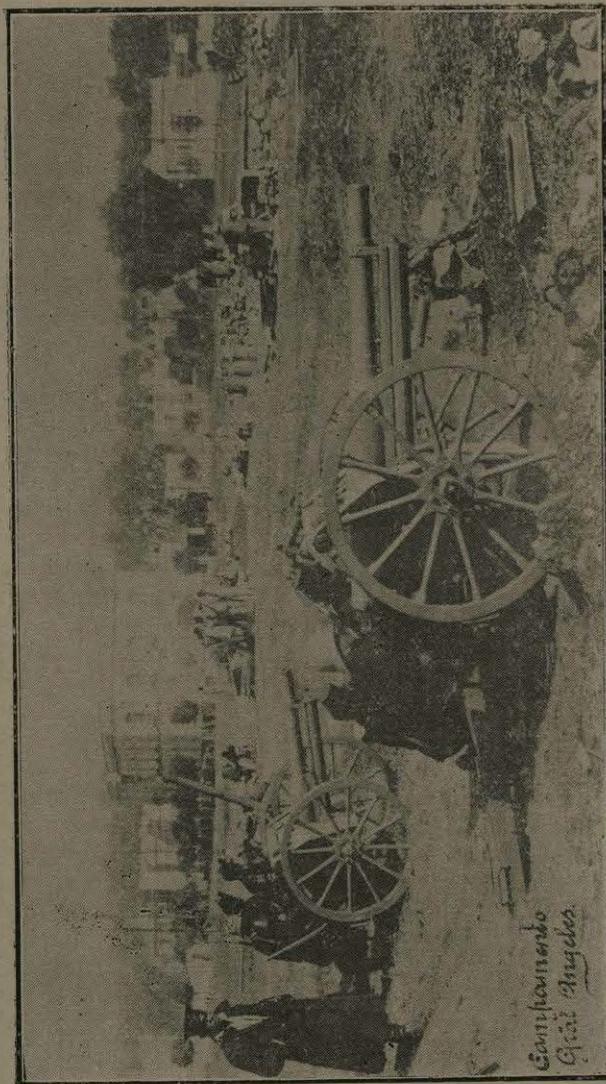
“A raíz de la entrada de Murillo y Cheché Campos en Tlahualilo, Villa fué enviado a aquella región para proteger los cuantiosos intereses que allí tienen invertidos algunas compañías extranjeras; pero el famoso brigadier honorario impartió la protección a su manera, entregándose a un saqueo desenfrenado.

En Parral hizo más: mandó poner presos a los principales comerciantes y vecinos de la ciudad exigiéndoles fuertes sumas de dinero. Ellos se negaban; pero como Villa había mandado ponerlos a pan y agua, pasados algunos días, aquellos desgraciados, muertos de hambre, tuvieron que ceder a sus exigencias. Villa llevaba su crueldad al grado de hacerse servir sus opíparas comidas dentro de la prisión y a la vista de aquellos infelices, para que su tormenta fuera mayor y su desesperación más intensa. Valiéndose de medios tan infames, logró Villa al fin lo que deseaba y cuando Canales y Salazar le echaron casi a puñtapiés de Parral, llevaba en las ancas de su caballo y en apretados fajos de billetes de Banco la cantidad de trescientos diez y seis mil pesos.”

Es verdad que el gobierno maderista, amparando o estos individuos, labraba su propia ruina, pues el Ejército y la sociedad estaban lastimados, el uno, por contar entre sus filas hombres de tal calaña, y la otra por ver entre los que se proclamaban sus defensores, individuos de tan relajada moralidad y de instintos tan perversos.

*
*
*

Las condiciones en que se iba a registrar el combate de Bachimba eran terribles para los rebeldes, pues si bien in-



Campamento de fuerzas leales en Colonia, al mando del General Felipe Angeles, Decena Sangrienta del 9 al 18 de febrero de 1913.

VILLAS MURILLO Y CHECHÉ CAMPOS

tentaron su avance hacia el Sur, las torpezas de algunos cabecillas, durante el combate de la Cruz, en que la brigada de Rábago estuvo a punto de ser aniquilada, desbarató los magníficos planes preparados.

En tal virtud, los rebeldes no tuvieron más remedio que hacerse fuertes en Bachimba, quemando antes los puentes de ferrocarril, entre ellos, el de Ortiz, que mide más de un kilómetro de largo.

Entonces, todo parecía ser favorable al gobierno, y para demostrarlo, extractamos en seguida las noticias que llegaban de varios puntos del país:

Tropas leales se habían posesionado ya de Villa Aldama y otro fuerte destacamento estaba cerca de la estación de Trancas, sobre la vía del ferrocarril México-Noroeste. La guarnición de Agua Prieta había sido reforzada a cerca de 2,000 hombres, bajo las órdenes de los generales Blanco y Garibaldi, y la columna auxiliar que bajo las órdenes de Toribio Ortega y José de la Cruz Sánchez se encontraba en Ojinaga, iniciaba ya su movimiento de avance.

Todas las noticias que diariamente se recibían, eran adversas a la causa revolucionaria.

El coronel Arroyo había tomado el importante mineral de Batopilas, derrotando al enemigo y haciéndole 30 prisioneros.

En Sonora había sido derrotada, al norte de Buenavista, una partida de indios yaquis, revolucionarios, y el cabecilla Isidro Escobosa había recibido un duro escarmiento a inmediaciones de Bavispe.

En Sinaloa habían sido derrotados 400 revolucionarios al mando de Jesús Cañedo y los hermanos Rentería.

En Tepic había fracasado el movimiento iniciado por el ex-teniente Guerrero, quien se había refugiado en la Sierra del Nayarit, donde estaba a punto de ser copado por las fuerzas del gobierno.

En Jalisco habían sido aprehendidos José Pérez Castro, Pedro Ruiz, Dionicio Avila, Julio Gutiérrez, Epitacio Trujillo, Julio Rodríguez, Macario Alvarado, Ramón Colmenar y Celio Ramírez Jiménez, que encabezaban en dicho Estado el movimiento revolucionario.

Los rebeldes de Guanajuato habían sufrido un serio descalabro en Palo Verde, y los de Michoacán habían sido derrotados en Puruándiro, por el 67º cuerpo rural, al mando

BIBLIOTECA ALVARADO

del comandante Allen Vallejo, quien en diferentes encuentros los había hecho cerca de 200 bajas. Finalmente, el general Blanquet acababa de infligir una nueva derrota de los revolucionarios, en el cañón de «El Mulato,» cerca de Pedriceña, tomándoseles un cañón y numerosos pertrechos de guerra, y haciéndoles, además, 27 bajas y un gran número de prisioneros.

* *

La batalla decisiva, que dió el triunfo al general Huerta, no fué de mucha importancia, en el orden militar. Abrió las puertas de Chihuahua, pero sin significar una derrota para los rebeldes que desde Conejos habían perdido su unidad y sus mejores elementos de combate.

Hasta el 3 de julio, a las 8 de la mañana, los federales hicieron su avance general, después de haber ocupado sus posiciones estratégicas.

Véamos la versión que de este combate publicó un revolucionario:

«Una brigada avanzó por la derecha, apoyada por la brigada Manzano y una batería de montaña; la brigada Téllez avanzó por la izquierda, apoyada por la brigada O'Horán y una compañía de ametralladoras, tratando de cortar la retirada de los revolucionarios. El centro fué ocupado por Rubio Navarrete, al mando de 4 baterías y el famoso cañón llamado «El Niño,» que era la pesadilla de los orozquistas. Las baterías del centro, estaban apoyados por los voluntarios de Xico y los ferrocarrileros.

Las fuerzas rebeldes se hallaban escalonadas en una área de más de 8 kilómetros, formando un triángulo perfecto, cuyo primer vértice lo formaban el 49 regimiento y las fuerzas de los jefes Antonio Rojas, Francisco del Toro y Félix Terrazas; «Cheché Campos» con 1,000 hombres, cubría el vértice de la derecha, a lo largo del río y hasta la hacienda de Bachimba. El vértice contrario, o sean las posiciones del Noroeste, estaban defendidas por las fuerzas de Caraveo y de Luis Fernández. Orozco dirigió solamente las últimas fases del combate.

La artillería revolucionaria, al mando de los jefes Lavalle Bassó, Rincón Gallardo y Fortuño Miramón, hizo algunos certeros disparos sobre el enemigo, pero los cañones rebeldes fueron acallados por el enemigo después de 3 horas de terrible cañoneo, debido a la supremacía innegable de la artillería federal. Durante ese tiempo, el fuego de fusilería no se había iniciado aún, pues Orozco había dado órdenes terminantes de fusilar a los soldados que dispararan su rifle, sin que se les ordenara, pues deseaba que se hiciera fuego hasta tener al enemigo a tiro de fusil.

El duelo entablado por la artillería terminó a las 2 de la tarde, quedando, como era natural, la ventaja a favor de las baterías federales. A esa hora empezó el avance general de la División.

La caballería de Rábago y la brigada Manzano marcharon sobre la hacienda de Bachimba, entablando un nutrido fuego de fusilería. Las fuerzas de «Cheché» hicieron una resistencia sorprendente y se batieron con denodado valor durante cerca de dos horas, pero tuvieron al fin que retirarse ante el número abrumador del enemigo. Debe advertirse que «Cheché» pidió refuerzos repetidas veces, por ser su punto el más seriamente atacado por los federales, pero los demás jefes de columna se hicieron sordos y el valiente y magnánimo jefe lagunero fué el que recibió, como de costumbre, la peor parte en el combate. Entre las fuerzas federales vencedoras en Bachimba, debe mencionarse, en primer término, el regimiento «Mariano Escobedo», mandado por el inteligente y atrevido mayor Garfias.

Desalojado «Cheché» de la hacienda de Bachimba, trató de hacer un último esfuerzo, y tomando a su paso algunas fuerzas de Rojas y de del Toro, que valerosamente resistían en sus posesiones, atacó el ala izquierda federal, mandada por los coroneles O'Horán y Landa, quienes para resistir el encarnizado ataque de los orozquistas, tuvieron que ser reforzados violentamente por los voluntarios de Braniff; mientras, las baterías de los federales seguían vomitando metrallas sobre los valientes laguneros. Entonces se entabló un terrible combate, a campo abierto, en el cual se batieron los revolucionarios con notable bizarría, hasta que fueron rechazados definitivamente por el enemigo. Las brigadas Landa, Manzano y O'Horán, ocuparon en-

tonces las alturas, y el resto del ejército rebelde tuvo que emprender la retirada.

El 499 cuerpo rural y los carabineros de Nuevo León, al mando de Raúl Madero, fueron destacados en persecución del enemigo, pero no tan oportunamente para poder copar los últimos convoyes, en uno de los cuales iba Pascual Orozco con su Estado Mayor y sus principales jefes subalternos. Si diez minutos antes hubieran llegado los carabineros, toda la plana mayor revolucionaria hubiera sido hecha prisionera.

A las 5 de la tarde, todo había concluido. Los revolucionarios perdían su último reducto formidable en los campos de Chihuahua, y su última esperanza de una victoria formal y decisiva sobre las tropas del gobierno.

El combate de Bachimba había durado 9 horas, los federales sufrieron más de 50 bajas, y los rebeldes 200, entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos, y dejando en poder de los federales 2 tubos lanza-bombas, 3 carros repletos de cartuchos, 60 caballos, varias armas y 300 bombas.

Los rebeldes en su retirada, incendiaron todos los puentes y destruyeron más de 40 kilómetros de la vía del ferrocarril, que unidos a los 180 que habían sido destruidos por el Sur, hasta Conejos, sumaban más de 200 kilómetros de vía, casi enteramente reconstruidos por las fuerzas del gobierno. A esto hay que agregar los centenares de kilómetros destruidos después, desde Chihuahua a Ciudad Juárez y se tendrá una idea completa del enorme trabajo llevado a cabo por la División Huerta, y de las inmensas pérdidas sufridas por la Compañía de los Ferrocarriles Nacionales.»

* * *

Derrotados en Bachimba, los orozquistas emprendieron la retirada en el mayor orden, no deteniéndose en Chihuahua, por donde pasaron los trenes militares a todo vapor, debido a una doble condescendencia del general Orozco que quiso ahorrar a la capital del Estado, los horrores de un combate.

De consiguiente, estableció su cuartel general en la hacienda del Sauz, permaneciendo allí, hasta que las tropas se reconcentraron en su totalidad. Y decidido el jefe rebelde a no volver a entablar batalla formal con los federales, para no sacrificar estérilmente a sus tropas, desmembró su ejército, integrado por 7,000 hombres, y lo distribuyó en varios núcleos, que operarían independientemente y por distintos rumbos. Rojas, Fernández y «Cheché» deberían invadir el Estado de Sonora con las columnas de su mando, 2,000 hombres; Escajeda y Murillo, invadirían de nuevo el Estado de Coahuila con 1,500 hombres; Argumedo seguiría operando en Durango y Zacatecas; Félix Terrazas y Marcelo Caraveo, marcharían sobre Ojinaga; Campa y Salazar, operarían en la sierra de Chihuahua, teniendo como base de operaciones las poblaciones de Madera y Casas Grandes, Orozco marcharía a Ciudad Juárez, para proveer de recursos y elementos de guerra a las diversas columnas expedicionarias.

Marchando hacia Ciudad Juárez, en manera alguna pensó Orozco resistir, no obstante que mucho le interesaba conservar la importante plaza fronteriza. Por lo tanto, estuvo allí tanto tiempo, como dilataron en llegar los federales, y aprovechó su permanencia en aquel lugar para hacerse de algunos elementos.

Desde aquel instante, principió la guerra de guerrillas, funesta para el ejército y para el gobierno, tanto por los esfuerzos que reclama su extinción, cuanto por los gastos que origina una campaña formal, que sofoque ese hervidero de pequeños núcleos rebeldes.

En cuanto a los funcionarios emanados de la revolución, salieron violentamente del territorio, al igual que los periodistas sostenedores de la causa.

Los prisioneros federales fueron llevados por la columna de Salazar a Casas Grandes, y algunos fusilados en los panteones de Santa Rosa y Regla, por orden del cabecilla Félix Terrazas, y, al parecer, sin el consentimiento de Orozco.

Como era de esperarse, el gobernador constitucional, don Abraham González, que después de muchas privaciones y peligros, se había unido a la columna Huerta, en Yermo, tomó posesión nuevamente del gobierno, reinstalando en

sus puestos a las autoridades que fungían antes de estallar el movimiento.

Desgraciadamente, el funcionario que estoicamente había vivido en la miseria y con los mayores penalidades, antes de salir del Estado y dejar de ser gobernador, se entregó a verdaderos desmanes para castigar a los que, por la fuerza o voluntariamente, habían servido a la revolución.

El general Huerta, deseoso de lograr la pacificación, sin intransigencias ni medidas violentas, interpuso su influencia, pero el gobernador, firme en sus principios de mal comprendida energía, provocó serias desavenencias con el jefe de la División del Norte.

El señor Madero, afecto al señor González, se dejó llevar por su impulsivismo y ordenó al general Huerta su regreso a la capital, sin atender que la campaña del Norte quedaría inconclusa, nulificando por completo la obra de pacificación empezada tan gloriosamente en Conejos.

Más tarde, el ex-Presidente Madero, que no cesaba en su animosidad con quienes le eran poco gratos, trató de mandar al general Huerta con una comisión a Europa, cosa que el digno divisionario rechazó cortémente.

*
* *

Entre tanto, Orozco siguió en su puesto, invadiendo Sonora y otros Estados y amenazando constantemente la tranquilidad pública.

Los esfuerzos de las tropas eran inútiles para acabar la revuelta y todos cuantos posteriormente quisieron influir en el ánimo de Orozco, a fin de que se sometiera, entre los más connotados, los ministros Hernández y Lascarain, fracasaron por completo, hasta la caída del régimen maderista, que marcó una nueva orientación a los paladines revolucionarios fronterizos.

CAPITULO VII.

El XXVI Congreso de la Unión

Implantación del voto directo en nuestro país.—Las elecciones para diputados y senadores al XXVI Congreso Federal.—Acción de los diversos partidos políticos que tomaron parte en la contienda electoral.—Partidos "Católico Nacional," "Constitucional Progresista," "Liberal," "Nacionalista Democrático," "Liberal Puro," "Popular Evolucionista" y "Antirreeleccionista."—El fraude en los comicios.—La imposición oficial triunfando en la revisión de credenciales.—Inepitud de los candidatos triunfantes.—Los primeros actos de la nueva Legislatura.—La Cámara convertida en foco revolucionario.—Desaparición de varios Diputados al Congreso de la Unión.—El Congreso invade las facultades de los Poderes Ejecutivo y Judicial.—Protesta del Ejecutivo contra la actitud atentatoria de la Cámara.—Disolución del Congreso y prisión de la mayor parte de los C. C. Diputados.—La opinión pública se muestra favorable a esta disposición.—Causas que originaron la disolución de las Cámaras, comunicadas al Cuerpo Diplomático por el C. Secretario de Relaciones Exteriores.